

SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS

SERMON IV, pp. 47-59

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

28º domingo después de Pentecostés, 1856.

EL PODER SECRETO DE LA GRACIA DIVINA¹

Non venit regnum Dei cum observatione: neque dicent, Ecce hic aut ecce illic.

Ecce enim regnum Dei intra vos est.

*El Reino de Dios no viene con advertencia, y no dirán: 'Está aquí' o 'Está allí',
porque el Reino de Dios está dentro de vosotros. (Lc 17, 20-21)*

Lo que el Señor anuncia en estas palabras ya aconteció, y lo conmemoramos hasta hoy, especialmente en este tiempo del año. El Reino de Dios fue inaugurado por los apóstoles y difundido rápidamente. Llenó el mundo, y tomó posesión de los lugares elevados de la tierra, pero llegó “inadvertidamente”. Todos los demás reinos que han existido han hecho sonar la trompeta delante de ellos, han llamado la atención, han salido “con espada, lanza y escudo”. Han sido la bestia voraz del norte, el águila veloz, o el enjambre de langostas. En palabras del profeta, “Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa...Aspecto de corceles es su aspecto, como jinetes, así corren...Y el ruido de sus alas como el estrépito de carros de muchos caballos que corren al combate” (Jo 2,4; Ap 9,9). Tal ha sido la llegada del poder humano, y llegará el Día cuando eso también llegue a cumplimiento y tenga su antitipo en la historia del cielo, porque cuando nuestro Señor vuelva también El llegará “con la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios” (1 Tes 4,16). Esto se podrá observar y advertir, y Él terminará así su obra, pero no instauró así su Iglesia sobre la tierra, pues se había predicho de Él que “no disputará ni gritará, ni oírán nadie en las plazas su voz. La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante, hasta que lleve a la victoria el juicio” (Mt 12, 19-20; cf. Is, 42, 1-4).

Y esa conquista de la tierra, silenciosa y sin ostentación, hecha por los santos apóstoles de Cristo, llegó a ser aún más secreta, en cuanto se refiere a los judíos, por la circunstancia de que ellos creían que ocurriría con apariencia externa, aunque Él les había asegurado lo contrario. Los fariseos esperaban algún signo de los cielos. No creían que Su Reino pudiese llegar a menos que lo vieran, y esperaban un príncipe con tropas en orden de batalla. Y como Él llegó con doce pobres hombres y ninguna pompa visible, fue para ellos como “ladrón en la noche” a causa de su incredulidad, y llegó y tomó posesión antes de que admitiesen que estaba llegando.

Pero de todos modos, la venida de Su Reino hubiera sido secreta aún cuando no hubieran resuelto que no lo sería. Y Él nos dice la razón en el texto: “Y no dirán: ‘Está aquí’ o ‘Está allí’, *porque* el Reino de Dios está en medio de vosotros”. Nos dice

¹ Nota del autor: Las primeras páginas de este sermón están tomadas del sermón nº XXI de los “Sermons on Subjects of the Day”. [Se trata del sermón *La invisible presencia de Cristo*, predicado en St. María Virgen de Oxford, el 28 de noviembre de 1841, publicado como nº XXI en *Sermones sobre temas del momento*).

porqué llega tan secretamente. No podía ser de otra manera porque era una conquista, no del cuerpo, sino del corazón. No era una asalto desde fuera, sino una influencia interior no para someter al hombre exterior a través de los sentidos, sino, en palabras del Apóstol, “cautivando todo entendimiento en la obediencia de Cristo”. Los reinos de este mundo se difunden en el tiempo y el espacio, comienzan desde un punto, van hacia delante y se extienden en derredor. Se puede trazar su itinerario: primero aseguran este territorio, luego consiguen aquel otro. Ponen bien sus bases y consolidan su poder. Por supuesto, el Reino de Cristo también, al estar *en* este mundo, tiene una forma exterior, vicisitudes, e historia, como las instituciones de este mundo, aunque no es de *este* mundo. Comenzó en Jerusalén, y avanzó hasta Siria y Africa, India y Britania, y tiene sus rangos, oficios y leyes, observa una estricta disciplina y exige una obediencia implícita. Pero aún así, este nos es el informe completo, o el verdadero proceso, de su ascensión y establecimiento. “Las armas de su batalla no fueron carnales”, sino que llegó a través de una íntima visita interior, ciertamente con instrumentos externos, pero con efectos mucho más elevados que esos instrumentos, con la predicación, la argumentación y la discusión, pero realmente por la acción de Dios. Aquel que es Omnipotente y Omnisciente tocó muchos corazones a la vez y en distintos lugares. Todos y cada uno hablaron en el acto una sola lengua, sin aprenderla unos de otros, sino enseñada por Él mismo, como el cántico del Cordero, o enseñada también por hombres, pero captándola y dominándola espontáneamente, casi antes de pronunciar las palabras. Porque el tiempo y el espacio, la causa y el efecto, son los servidores de Su voluntad.

Y así es que las voces rompieron a una en Su alabanza, en oriente y occidente, en el norte y en el sur, y el mundo perplejo buscó en vano de dónde provenía esa consonancia de sonidos dulces y santos. A la primera palabra del predicador, indicio o mero susurro en el aire, una profunda respuesta vino desde muchos labios, una profunda, plena y pronta armonía de muchas voces que proclaman todas al Salvador de los hombres. Pues el Espíritu del Señor había descendido y llenado la tierra, y había corazones conmovidos, latidos trémulos y ojos impacientes, en todas partes. Era el tiempo de la visitación, cuando los débiles se harían fuertes, y los últimos serían los primeros. Era el triunfo de la fe, que no demora sino que acepta generosa y prontamente, como dice la Escritura: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, es decir, el mensaje de la fe que predicamos” (Rom 10, 8). Y así como Nínive y Babilonia fueron sorprendidas antiguamente por las armas del enemigo, así fue sorprendido el mundo por Aquel que, en lenguaje profético, monta un caballo blanco, y se llama “Fiel” y “Veraz” (Ap 19,11). Y así como aconteció en Egipto aquella primera Pascua, cuando no había casa en donde no hubiera un muerto, así ahora, en esta Pascua más misericordiosa no hubo casa donde no hubiera un vivo. Porque el Altísimo había descendido entre ellos y estaba en todas partes, el Señor de los ángeles caminaba sobre la tierra, distribuyendo sus dones libremente, multiplicando su imagen, y en este sentido como en aquel del cual habló diciendo que: “los enemigos de un hombre eran los de su propia casa” (Mt 10,36). La influencia despreciada y odiada se insinuaba en todas partes, la levadura se difundía y nadie podía detenerla, y en los lugares más inverosímiles, en la familia del soldado arrogante y feroz, entre las supersticiones de la idolatría y las degradaciones de la esclavitud, los más nobles, los más capaces, los más rectos, así como los rudos e ignorantes, todos y cada uno, por un secreto poder, se convirtieron en las víctimas de la Iglesia y miembros de Cristo. Y entonces, un reino grande y extenso brotó a la existencia de repente, desde dentro, como la primavera después del invierno.

Tales fueron las inmediatas consecuencias de la primera venida de Aquel que era “el desecho de los hombres”, “que sabe lo que es padecer”, y “como alguien de quien uno aparta su rostro, le deshonoramos y le desestimamos”, “herido por Dios y humillado”. Y como sigue diciendo la profecía, “repartirá los despojos con los fuertes” (Is 53, 3-4. 12). Si me preguntáis, hermanos, cómo es que Él hizo esta maravilla, y cuál fue el modo y el instrumento de su gracia en sus relaciones con los espíritus que Él había creado, respondo brevemente refiriéndome hacia la historia pasada de nuestra raza. Es cierto que el hombre no es suficiente para su propia felicidad, que no es él mismo, ni está bien consigo mismo, sin la presencia dentro suyo de la gracia de Aquel que, sabiendo eso, ha ofrecido esa gracia a todos libremente. Cuando él fue creado su Hacedor le insufló la vida sobrenatural del Espíritu Santo, que es su verdadera felicidad. Cuando cayó perdió el don divino, y con él también su felicidad. Desde entonces ha sido infeliz, y ha sentido un vacío en su corazón que no sabe cómo satisfacer. Escasamente comprende su propia necesidad, y sólo el natural e involuntario movimiento de su mente y su corazón muestra que la siente, pues o está lánguido, desanimado o apático, con este hambre, o bien febril e inquieto, buscando primero en una cosa, y después en otra, esa bendición que ha perdido. Por un tiempo, quizá hasta que llega la vejez, continúa haciéndose algún ídolo del cual pueda alimentarse y tener cierto tipo de existencia, igual que las hierbas del campo o la tierra reseca puede aliviar el dolor de la hambruna. Un hombre decide ascender en la vida, otro está completamente dedicado a su familia. Muchos pasan los días y los años alternando entre la rutina de los negocios y la recreación de las vacaciones. Los ricos son pródigos en pompa y exhibición, los pobres se dan a la intemperancia, los jóvenes a los placeres sensuales. No pueden vivir sin un objeto en la vida, aunque sea un objeto indigno de un espíritu inmortal.

¿Es asombroso, entonces, que cuando nuevamente fue ofrecida en su plenitud la verdadera Vida, el verdadero sustento para la necesidad de la humanidad, lo haya hecho con el poder de persuadir a los hombres para que la acepten? ¿Es asombroso que su anuncio los haya sobrecogido, que su ofrecimiento los haya atraído, que la primera prueba y el primer fruto del don los haya hecho desear otras muestras mayores del mismo? Este es, pues, el secreto del triunfo del celestial Reino de Dios entre los tercos y sabihondos hijos de Adán. Los soldados de este mundo reciben su paga al alistarse, la toman, y se convierten en servidores de un príncipe humano. ¿No serán mucho más fieles, incluso hasta la muerte, los que han recibido la prenda de las verdaderas riquezas, los que han sido alimentados con el “maná escondido”, los que, como dice el Apóstol, “han sido iluminados una vez, y han gustado la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero”? Y así es que el Reino de Dios se difunde externamente sobre la tierra, porque tiene un sostén interno en nosotros, porque, en palabras del texto, “está dentro nuestro”, en los corazones de sus miembros individuales. Los curiosos se maravillan y los extraños tratan de analizar qué es lo que realiza la obra, e imaginan todo tipo de razones humanas y causas naturales para ello, porque no pueden ver y no pueden sentir, y no creerán, lo que es en verdad una influencia sobrenatural. Y atribuyen a algún capricho o travesura de la mente, o a la fuerza de la novedad, o a alguna persuasión misteriosa e insidiosa, o a alguna fuerza enemiga, o a alguna oscura y sutil confabulación, y ven con alarma, y de buena gana impedirían, lo que no es más que la penetrante, vívida y fuerte mirada del rostro de Cristo. “El Señor se dio vuelta y miró a Pedro”, y “como el relámpago fulgurante brilla de un extremo al otro del cielo” (Lc 17,24), tal es la aguda mirada del Hijo del hombre que somete el alma. Llega, se va, hace su obra, su obra perdurable, y el mundo no puede dar cuenta de ello. Ve el resultado, no percibe, no tiene ojos para ver la Mano divina.

Más aún, no sólo el mundo, sino la misma Iglesia es a veces sorprendida, podría decir, perpleja, ante la acción de esa gracia que no se puede ver y ante la milagrosa multiplicación de sus hijos. La red de Pedro parece a punto de romperse, por la multitud de peces, y es duro arrastrarla hasta la costa. Así fue de modo singular en la primera época, en los asuntos de esa gloriosa historia de la primitiva conversión sobre la cual me he explayado. El libro de los Hechos dice: “El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar” (Hech 2,47). Este proceso continuó durante tres siglos, luego vino una persecución más amarga y horrible, y al final cesó, y después, de modo tremendamente abrupto, como ráfaga en las alas del viento, se escuchó la sorprendente noticia de que el Señor de la tierra, el Emperador Romano, se había hecho cristiano, y toda la multitud de naciones con él. ¡Qué anuncio! Ninguna mano humano lo hizo, ningún instrumento humano, predicador o apologista, podía ser señalado. No fue “está aquí, o está allí”, sino el secreto poder de Dios actuando directamente en los corazones de los hombres, sin ser advertido. Llegó de repente, cuando menos se lo esperaba, en la profunda noche de la persecución, “como un ladrón”. De repente, los gobernantes de la Iglesia tuvieron en sus manos la tarea gigantesca, que sólo ella tenía fuerzas para realizar, de hacer entrar en forma y coherencia a todo el mundo. El acontecimiento, y la casi temible grandeza del mismo, ha sido visiblemente descripta por la profecía mil años antes. Así fue la palabra de promesa a la Iglesia: “Alza en torno los ojos y mira: todos ellos se han reunido y han venido a ti. Con todos ellos como con velo nupcial te vestirás, y te ceñirás con ellos como una novia... Todavía te dirán al oído los hijos de que fuiste privada: ‘El lugar es estrecho para mí, cédeme sitio para alojarme’ Y dirás para ti misma: ‘¿Quién me ha dado a luz éstos? Pues yo había quedado sin hijos y estéril, desterrada y aparte, y a éstos ¿quién los crió? He aquí que yo había quedado sola, pues éstos ¿dónde estaban?’. Así dice el Señor Dios: he aquí que yo voy a alzar hacia las gentes mi mano, y hacia los pueblos voy a levantar mi bandera: traerán a tus hijos en brazos, y tus hijas serán llevadas a hombros. Reyes serán tus tutores, y sus princesas, nodrizas tuyas. Rostro en tierra se postrarán ante ti, y el polvo de tus pies lamerán” (Is 49, 18-23).

Hermanos, vosotros sabéis lo que dijo nuestro Señor, cuando se fue, acerca de volver, no sólo de repente sino pronto. Bien, en el sentido en que estado hablando, El está siempre viniendo. Una y otra vez viene a su Iglesia; siempre viene como fuerte guerrero, trayendo con El nuevos cautivos de sus flechas y su lanza. Esa misma maravilla de una obra interior en las almas de los hombres a gran escala, que hizo al comienzo, está siempre reiterándola y renovándola en la historia de la Iglesia hasta hoy. Siempre están entrando en ella multitudes a raudales, como los peces en la red de Pedro, más allá de su propio pensamiento y acción, por la acción inmediata y secreta de la gracia de Cristo. Sin duda, es lo que sucede hoy, que se ve a gran escala por toda la cristiandad. Hace cincuenta años la religión parecía casi extinguida. A los ojos humanos estaba simplemente declinando y consumiéndose a lo largo del último siglo. Por cierto, había en ese siglo santos, doctores, celosos predicadores y poblaciones fieles, como hasta ahora, pero esto no lo podía ver el mundo. El poder político y la influencia social de la religión fue cada vez menor, y al final vino una revolución europea, y a juicio de los hombres se había perdido todo. Pero en sus desgracias más profundas comenzó su ascenso más maravilloso, una reacción que se estableció ella y progresó constantemente, con todos los signos del progreso, hasta hoy. Y digo que en su progreso se revela el mismo fenómeno que leemos en la historia de los primeros tiempos, porque mientras la Santa Iglesia ha estado orando y trabajando en su propio campo, más allá del mismo se han agregado conversos, a quienes ella no contemplaba, de toda clase, como al comienzo. Alemania e Inglaterra, las principales sedes de sus enemigos, son los

verdaderos escenarios de esta entrada espontánea. Para sorpresa de todos lo que los conocen, y a menudo para su propia sorpresa, aquellos que temían a la Iglesia, o rechazaban sus doctrinas, se encontraron atraídos a ella por alguna incomprensible influencia, año tras año, y al final se rindieron a ella y proclamaron su soberanía. Los que nunca hablaban a su sacerdote católico, lo que nunca entraban a un iglesia católica, lo que habían aprendido su religión de la Biblia protestante, ha sido llevados de hecho por esa misma lectura a reconocer a la Madre de los Santos. Su mismo nombre, su simple reclamo, obligan a los hombres a pensar en ella, a preguntar acerca de ella, a desear que ella sea lo que dice ser, a someterse a ella, no por alguna razón señalada, salvo las necesidades de la naturaleza humana, y la virtud de esa gracia que trabaja secretamente en torno a la Iglesia, sin que se lo advierta.

Hermanos, están aquellos que se imaginan que cuando usamos grandes palabras sobre la Iglesia, revistiéndola de privilegios celestiales y aplicándole las promesas evangélicas, hablamos meramente de una estructura externa y política. Piensan que dedicamos nuestra devoción por razones humanas, y que trabajamos por ambición humana. Piensan que deberíamos reconocer, examinándonos, que nuestro último propósito era el éxito de personas y partidos, a quienes estábamos vinculados por honor, o por interés, o por gratitud, y que si buscábamos fines por encima del mundo o más allá de la tumba, lo hicimos con intención muy secundaria y débil percepción. Imaginan, como la mayor concesión de su liberalidad, que trabajamos desde el deseo generoso, pero aún humano, de la alabanza de los superiores de este mundo, y que, después de todo, de algún modo u otro, vivimos del aliento y encanto de la sonrisa de los hombres.

Pero el texto que comentamos, y el tren de pensamientos que he estado siguiendo, nos recuerda el verdadero punto de vista del asunto, que probablemente olvidamos. La Iglesia es una colección de almas, reunidas por la gracia secreta de Dios, aunque esa gracia les viene a través de instrumentos visible, y las une a una jerarquía visible. Lo que se ve no es la totalidad de la Iglesia sino su parte visible. Cuando decimos que Cristo ama a su Iglesia queremos decir que no ama nada de naturaleza terrena sino el fruto de su propia gracia, los variados frutos de su gracia en innumerables corazones, juntos en la unidad de la fe, el amor y la obediencia, de los sacramentos, de la doctrina, del orden y del culto. El objeto que El contempla, el que El ama en la Iglesia, no es simplemente la humana naturaleza, sino la humana naturaleza iluminada y renovada por su propio poder sobrenatural. Si El ha llamado a la Iglesia su Esposa, es porque es la sede especial de este don divino. Si amó a Pedro, no fue simplemente porque era su apóstol, sino porque Pedro tenía ese amor intenso y sobrenatural por El, y esa fe que la carne y la sangre no podían ejercitar, es decir, las cualidades apropiadas de un apóstol. Si amó a Juan, no fue sólo porque era uno de los Doce, sino porque estaba embellecido con el don especial de una castidad sobrenatural. Si amó a María, a Marta, y a Lázaro, no fue tan solo como sus amigos y huéspedes, sino por su caridad ardiente, su contrición pura, y su devoción abnegada. Así es ahora: lo que El crea, lo que contempla, lo que ama, lo que premia, es (en palabras de San Pedro): “el oculto hombre del corazón” (1 Pe, 3.4), del cual la Iglesia visible es la expresión, la protección, la causa instrumental, y la perfección exterior.

Y por eso, aplicando esta gran verdad a nuestras circunstancias, tengamos siempre en mente, hermanos, que nosotros en este lugar somos realmente fuertes sólo cuando somos más que lo que parecemos ser. No son nuestros logros o nuestros talentos, no es la filosofía o la ciencia, las letras o las artes, lo que nos hará ser queridos por Dios. No es el favor del mundo, o la posición civil, que puede hacernos merecer la atención y el interés de un verdadero cristiano. Una gran Universidad es un gran poder, y puede hacer

grandes cosas, pero, a menos que sea algo más que humano, no será sino necedad y vanidad a la vista y en comparación de los pequeños de Cristo. Está realmente muerta aunque parece viva, a menos que sea injertada en la Verdadera Vid, y participe de la secreta vida sobrenatural que circula por sus ramas incorruptibles. “ Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles” (Sal 126,1). Nuestra labor es vana, nuestro esfuerzo inútil, nuestro fruto cenizas, nuestra recompensa corrupción, a menos que comencemos la fundación de esta gran tarea en fe y oración, y la santifiquemos con pureza de vida.